

# El manco y las cloacas

---

MBarriov

## **Sinopsis**

Arturo Navarro es un burócrata en una metrópolis de un futuro cercano; su trabajo consiste en decidir si quienes activan las alarmas de pensamiento son una amenaza. Un día, por la ciudad decenas de jóvenes entran en coma por culpa de una nueva droga. Cuando el hijo de Irene entra en coma, Arturo inicia la búsqueda del camello responsable para convertirse en un héroe y recuperar el amor de su exmujer.

## **Autor: Marc Barrio Villegas**

Marc Barrio publicó por primera vez con 20 años, en una antología de nuevos autores. Desde entonces ha publicado en revistas de ciencia ficción y antologías de relatos. Combina la escritura con la producción audiovisual y los rincones y aventuras que vive en sus viajes acaban reflejados en sus letras.

Su futuro profesional no está claro, pero sí seguirá escribiendo. Durante los últimos años ha publicado relatos en revistas como Sci-Fdi o Almiar y en antologías. También ha quedado seleccionado y finalista en muchos concursos literarios como La mano Fest III o El festival de Terror de Molins de Rei sección de relatos. Próximamente publicará un cuento en la antología de ciencia ficción Quasar 3, Editorial Now Evolution.

@Mbarriov

## **El manco y las cloacas**

Soy el tío que te seca las lágrimas, el que ignoras cuando ríes. Soy el tío que te da esperanzas cuando todo está perdido, al que no necesitas cuando eres feliz.

Sigo a un sospechoso: alto, pelo negro recogido en una coleta, pantalón de vestir y polo. Se llama Alfredo, pero en las redes sociales se hace llamar Alf, como el famoso extraterrestre que salía en la tele hace 60 años.

El sol brilla tras la cúpula de polución, pero no calienta una mierda. El frío condensa la humedad del mar sobre mi piel y la contaminación me tapona hasta el último poro. Vigilé al sospechoso durante dos días sin encontrar nada extraño, hasta hoy. El tipo se ha desviado de su ruta habitual y camina por una amplia avenida, una de esas con árboles y tres carriles en cada dirección.

El sospechoso es el típico caso de riesgo: un burgués de culo gordo que consume información para tener la ilusión de estar informado. Ve las tertulias políticas de la televisión, lee el periódico a diario, está suscrito a una revista de divulgación cultural. Nada especial. Pero, a veces, algo cambia y personas normales, tu vecino, tu hijo, tu empleado, empiezan a pensar distinto, a creer que el sistema se puede cambiar, que un mundo distinto es posible; se convierten en un peligro para la democracia, para la libertad, para ti y para ellos. Entonces saltan las alarmas y acudimos a vigilar para que nada cambie.

¿Cómo lo sabemos? Lo sabemos todo de ti. Sabemos qué compras, qué vendes, dónde vas y por dónde. Qué te gusta, qué no. Qué ves en la tele, en el cine, en el ordenador, en el móvil. Qué escuchas en la radio. ¿Prefieres el rojo o el azul? ¿Carne o pescado? ¿Margarita o carbonara? Lo sabemos todo de ti. Cámaras, tarjetas, móviles. Cada vez que haces *click* dejas un rastro. Tu móvil tiene localizador, y tu reloj y tus

zapatos. Sabemos tu ritmo cardiaco, cómo de largos son tus pasos y qué escaparates miras.

Cuando algo en ese tapiz de datos varía, cuando das una mala puntada, salta una alarma. Si un analista considera que eres una amenaza me mandan a mí para confirmarlo. Yo no elimino a nadie, sólo decido quién es un peligro y quién no. Otros se ensucian las manos.

*Alf se detuvo en el semáforo y un enjambre de coches cruzó frente a él. A su espalda se congregó una multitud de peatones. Todos idénticos, pese a sus diferencias. Un ejército de maniqués a la moda. Los aparatos electrónicos brillaban por su omnipresencia. Móviles en mano como un dedo más, smartwatches —ordenadores de tamaño y forma de un reloj— en la muñeca como grilletas e IM —Monóculos Inteligentes; que cubrían una oreja y desplegaban una pantalla traslúcida frente a un ojo—. Todos estos aparatos recopilaban y proporcionaban datos. Era como tener un duendecillo en la oreja, el bolsillo o la muñeca que te decía todo lo que necesitaras o desearas saber. Un duendecillo cabrón que se chivaba de todos tus movimientos.*

*El semáforo peatonal se puso verde y los coches se detuvieron. Los motores de combustión rugían, los eléctricos zumbaban. Alf cruzó la calle a través de la nube de gasolina quemada y vapor de agua.*

Verde. Los coches se detienen en la línea del paso de cebra y cruzamos. Tomo la delantera al sospechoso y lo dejo atrás, pero lo tengo controlado en la pantalla de mi IM. Su localización, su ritmo cardiaco, el tamaño de sus pasos. En el centro de la carretera confluyen los dos ríos de gente. Como una bandada de pájaros, nos movemos unos entre

otros sin rozarnos, sin mirarnos. Las radios de los coches suenan a todo volumen. La música, las noticias, las bromas telefónicas.

—Los dos chicos que el pasado sábado quedaron en coma durante una fiesta *rave* siguen sin despertar. Los médicos... —dice una radio.

Sucedáneo de información.

—¿Qué famoso futbolista fue cazado el pasado verano en una playa de Ibiza con la modelo...?

Entretenidos hasta la muerte.

Cualquier cosa es buena si sirve para no estar a solas contigo mismo.

Llego al otro lado. Me detengo en una esquina. Me agacho y finjo atarme los velcros de los zapatos. El sospechoso pasa por mi lado sin mirarme. Me levanto y le observo desde la distancia. Es una ruta muy diferente a la que toma cada día. Su pulso se acelera y tuerce por una callejuela. Es extraño. Llevo mi mano derecha a los controles del IM en mi oreja. Esa callejuela es un punto negro, no hay cámaras a las que acceder, pero el GPS de su móvil me da la posición exacta. Se detiene en mitad de la calle y entra en un edificio. ¿Portal o local? Accedo a la cámara y micro de su móvil. Todo está oscuro, oigo un ruido mecánico que no logro identificar. Es un coro de máquinas. El sospechoso saca el móvil del bolsillo y veo un local amplio, hay algunas personas más e impresoras de alta capacidad. Es una copistería. El sospechoso desliza el móvil sobre el datáfono. La impresora frente a él emite el ruido mecánico e imprime. No veo el qué porque el móvil vuelve a estar en el bolsillo.

Espero.

Siete minutos después el localizador del móvil indica que el sospechoso vuelve a la calle. Su corazón está acelerado, sus pasos son alargados.

Voy a la copistería.

Es una callejuela estrecha, siempre a la sombra de los edificios centenarios. Apenas hay gente. Abro la puerta del local con la mano izquierda, pero fallo. Hace años que la perdí. En su lugar tengo un muñón remendado y un dolor constante, tan real como el que sentí cuando toneladas de acero me la aplastaron hasta dejarla como esos gatos que se ven en las cunetas. Un zurdo sin mano izquierda. Tiene gracia, pero yo no me río.

Abro la puerta con la mano derecha y entro en el local.

Es un negocio de barrio, de los que quedan pocos. Un par de ordenadores controlan cuatro impresoras. Hay un mostrador vigilado por un hombre maduro. También venden material de oficina: papel, clips, grapas, grapadoras, bolígrafos, sobres, tarjetas de navidad. Podría ser un museo.

Accedo a uno de los ordenadores. Localizar las últimas impresiones me lleva unos minutos. Hay mil quinientas copias a la misma hora en que el sospechoso pagó. Ordeno una copia más. Paso el móvil por el datáfono y la impresora expulsa un panfleto. Lo leo. Es propaganda de un partido político que “ellos” han calificado como “antisistema”, “reaccionario”, “terrorista”. Arrugo el papel y lo tiro al suelo.

El papel es un agravante. El papel no se conecta a internet, no se localiza con escáneres ni salta en arcos magnéticos. Se esconde con facilidad y puede destruirse enseguida. El papel es peligroso.

Saco el móvil, abro el expediente de Alfredo, Alf, como el extraterrestre, y lo marco como peligroso. Mi trabajo termina aquí. Lo que le pasará a Alf es por nuestro bien.

Salgo de la copistería y mi móvil vibra en el bolsillo, y vuelve a vibrar. Es una llamada. Nadie me llama nunca. Nadie llama ya a nadie. Saco el aparato y compruebo el número, es Irene. El móvil vibra. Soy el tío al que llamas cuando te abandona tu pareja,

al que olvidas cuando encuentras otra persona. El móvil vibra y es mi exmujer. Respondo.

Estoy en el piso de Irene. Sí, es lo que parece. Hace 18 años que nos divorciamos, pero he venido aunque ella no tardó en encontrar otro marido. Formó una familia. El mayor tiene entre quince y diecisiete. La pequeña ronda la docena.

El salón es muy luminoso, es un piso alto y la terraza ofrece todo el resplandor del cielo. Las paredes y el suelo son de superficie pulida y brillan; reflejan la luz, la intensifican. Irene me estaba esperando. Me necesita. Ha estado llorando: nariz enrojecida, mejillas húmedas, ojos vidriosos, pañuelo asomando en el bolsillo del pantalón.

Aún no sé por qué estoy aquí, pero aquí estoy.

—No te habría llamado si tuviera alternativa, Arturo.

Soy el tío al que llamas cuando pierdes la cartera, al que nunca invitas a cenar.

—Necesito tu ayuda.

Así, sin más. Sin parloteo, sin cháchara, sin preguntar por las últimas dos décadas.

—¿Mi ayuda? Yo que pensaba que me ibas a suplicar que volviera. —Es sarcasmo, nadie se creería semejante chorrada—. Dime qué quieres y acabemos cuanto antes.

Ella asiente y seca una lágrima con los dedos. Me pide que la siga y obedezco. Voy detrás de ella por el pasillo. El piso es grande, bien situado. Su marido es un tipo con pasta. Mucha pasta. Tanta, que Irene podría comprar cualquier cosa que yo pueda darle. Y aún así me llamó a mí.

Nos detenemos en una puerta y me invita a entrar. Intento abrir con mi mano fantasma, pero es inútil, atraviesa el pomo y una sacudida de dolor y rabia me recorre el brazo. Abro con la otra mano y observo desde el quicio.

Es un dormitorio de adolescente. En las paredes posters de música y mujeres, en el suelo ropa interior. También hay una tele pequeña y un escritorio con papeles. En la cama hay un muchacho. Se parece a Irene, tiene su nariz y su pelo negro. Está dormido, boca arriba, con los brazos a los lados, como un muerto en un sarcófago. Inmóvil. Lo único que perturba su quietud es la oscilación del pecho en cada respiración.

—¿Tú hijo?

—Sí.

—Duerme.

—Está en coma. Lo encontraron así después de una fiesta.

Irene habla con la voz rota. La miro, aguanta el llanto como puede y con un pañuelo seca sus ojos. No quiere que la vea llorar, aunque no sería la primera vez. No sé si lo entiendo.

—Llama a un médico.

—He llamado a seis —me interrumpe—. Ninguno puede hacer nada por él. No saben cómo ha pasado, o cómo curarlo. No saben nada. Ninguno.

—No puedo curar a tu hijo, Irene.

—No quiero que le cures.

Ahora es ella la que me mira a mí. Tras la vidriosa cortina de lágrimas veo en sus ojos algo que nunca vi. Aún después de cinco años de matrimonio no imaginé que vería en ella algo así.

—Quiero que encuentres al responsable —me dice.

Me acerco al muchacho. Su marido es un tipo con pasta. Mucha pasta. Podrían comprar un detective. Podrían comprar un policía. Podrían comprar una comisaria entera. ¿Por qué yo?

Con mi mano real golpeo el muslo del muchacho. Con todas mis fuerzas. Con toda mi mala leche. La clase de golpe que das después de estar dieciocho años esperando una llamada. El muchacho no se inmuta.

—¿Qué haces? —Irene viene a mí con grandes zancadas. Estoy tranquilo, no me hará nada.

—Compruebo que esté en coma. No me fio de ti.

Irene se planta frente a mí como si pudiera amenazarme, como si pudiera quitarme algo o como si yo tuviera algo que perder. Respira agitada y clava sus pupilas en mí. Esos ojos, aún me duele mirarlos.

—¿Por qué quieres encontrar al responsable?

—¿Tú qué crees?

Su marido es un tipo con pasta. Mucha pasta. Podría comprar un sicario. Podría comprar una guerrilla. Podría comprar un equipo de torturadores que dejarían a la Inquisición como unos aficionados a las cosquillas. Sólo necesita a alguien que se chive. Alguien que levante la mano y señale con el dedo. Alguien a quien no le tiemble la voz al anunciar una condena a muerte. Que tenga el alma negra como una muela picada, tan negra que no se note una mancha más.

Me necesita a mí.

En el fondo es mi trabajo, sólo que nunca de este modo. Nunca es personal. Nunca es venganza. Aunque, a efectos prácticos, no hay diferencia.

—Irene, nada de lo que hagas te devolverá a tu hijo.

—Eso ya lo sé.

—¿Para qué vengarte?

—¿Vas a darme lecciones de moral? ¿Tú?

Jamás pensé que vería sus ojos llenos de ira.

—¿Vas a ayudarme?

—No.

Me mira con la boca entreabierta. Sé que piensa en la forma de convencerme, de persuadirme. Cree que aún tiene poder sobre mí. Añado:

—Tú muchacho está muerto. En rigor no, pero a efectos prácticos ya no tienes un hijo, tienes una planta de interior.

—¿Cómo te atreves?

—¿Por qué alargar su agonía?

—Porque le quiero.

—Siempre tuviste una idea extraña de lo que es el amor. Ponle la almohada en la cara y acaba con esto.

Soy escoria.

Quiere golpearme, pero se contiene. No quiere tocarme. Le doy demasiado asco.

—Fuera de mi casa, Arturo.

*Las líneas de metro, abandonadas en su mayoría y ocultas en el subsuelo, lejos de las cámaras, donde no había cobertura y nunca salía el sol, se convirtieron en refugios de la clandestinidad, en el último lugar libre y sin vigilancia. Se convirtieron en bares y librerías, prostíbulos y academias, farmacias y laboratorios de droga. En las líneas podías beber hasta destruir tu hígado, comprar el de un muerto, operarte y seguir*

*bebiendo. Podías apostar hasta arruinarte, pedir un préstamo, avalarlo con tus piernas, y seguir apostando. Podías caer en la fosa séptica de la sociedad, revolcarte en su mierda y seguir cayendo.*

*Arturo Navarro frecuentaba las líneas, en parte por trabajo, en parte por placer. Había un lugar que especial: un bar llamado “La Ratonera”, instalado en una vieja estación de metro. Él no sabría decir qué, pero en aquel sórdido rincón apartado del mundo había algo que le hacía sentir de una forma extraña, un sentimiento enterrado en su pasado y que casi había olvidado. Le hacía sentir en paz.*

En “La Ratonera” cada rincón apesta a sudor, perfume y alcohol, pero si vienes por la noche todo queda enmascarado por la acetona que desprenden las drogas al quemarse. Tras el escalón de la entrada el techo es bajo y quebradizo, lleno de agujeros que muestran las tuberías ennegrecidas. Las luces son tenues, cansadas, como si no valiera la pena iluminar nada de lo que aquí se esconde. Las putas son habituales, también los corredores de apuestas, los hombres respetables con vicios inconfesables, los camellos y los chivatos, como yo, que venimos en busca de esa información que no se encuentra en los archivos.

Estoy en una de las mesas, ninguna tiene manteles y todas están ralladas con nombres y falos. No soy el único cliente, pero sí el único que está solo y no alquila compañía... Hoy. Con mis dedos fantasmas tamborileo en la tabla una sinfonía de percusión, inaudible para todos salvo para mí. Los tendones se mueven en mi brazo rasgando mi muñón como cuchillas de afeitar.

La dueña del local se acerca. Es una mujer madura, sus ojos cargan con el sufrimiento de los años. Los labios finísimos, la piel como papel arrugado y el pelo

cortado a cuchilladas a la altura de la nuca. Va en silla de ruedas, una de esas con motorcillo, porque no existe de cintura para abajo.

—Hola, dulzura —me dice sonriendo. Yo me fijo en su pelo pelirrojo y pienso en los anuncios de la tele donde pelirrojas impresionantes lucen una melena brillante como un incendio en una fábrica de petardos. El pelo de Malena es muy distinto, es mate, sin brillo, como un jersey deshilachado quemado al sol—. Te traigo lo de siempre.

Malena da media vuelta y va a la barra, el zumbido del motorcillo eléctrico de la silla suena como una carraca. Vuelve con una jarra de cerveza, la deja frente a mí y pongo un billete en la mesa, es diez veces el precio. Malena aparca la silla a mi lado y se apoya en la mesa mirándome con grandes ojos grises. En sus muñecas relucen dos pulseras de plata grabadas con filos en su piel.

—¿Qué tal va la mano, guapo? —me dice con media sonrisa. Pese a todo, tiene cierto atractivo. Ella se preocupa por mí, pero no mi exmujer. Tiene gracia, pero yo no me río.

—Peor de lo que quisiera reconocer.

Dejo de tamborilear con mis dedos fantasmas. Una acción imperceptible para un observador externo. Cojo la jarra y le doy un sorbo a la cerveza, está tan fría que apenas se nota que está aguada. Le paso la jarra a Malena, que me roza los dedos al cogerla, y da un trago largo. Es extraño verla aquí, con su aura desgastada, pero resplandeciente. Si las cosas le hubieran ido distintas, ahora estaría metiendo veinteañeros entre sus piernas por mero placer. Pero en vez de eso, tras tres apuestas desafortunadas y un intento de suicidio, regenta una parcelita de infierno mientras se consume lentamente. Como una roca tallada por el mar que se desgasta con cada ola y aún así resiste y resiste.

—Que putada. —Se refiere a mi dolor, pero ahora mismo apenas noto nada. Es como si mi mano no existiera—. Yo le he echado el ojo a un par de piernas. Puede que en veinte años, si todo va bien. Prefiero no meterme en otro préstamo, no tengo más piernas con que avalar. —Y da otro trago, casi se ríe con su propia broma.

Así funcionan las cosas en el fondo del barril: pides un préstamo que jamás podrás devolver y avalas con tus piernas, luego empeñas el riñón para pagar los intereses de las piernas, luego empeñas el hígado para pagar las del riñón, luego el corazón para pagar el hígado y, por último, te embargan entero y te venden por partes a cualquier fulano que pida un préstamo; y la rueda sigue girando.

Malena se bajó de la rueda antes de que la consumiera. Perdió las piernas y aún así debe pagar los intereses. No volverá a andar, ni en veinte años ni nunca.

—Necesito información —le digo.

Malena deja la jarra en la mesa y enciende un cigarro, asiente soltando una nube tóxica y me ofrece el cigarro.

—¿A quién buscas?

—A nadie. —Doy una calada, noto la saliva de Malena en la boquilla, es dulce, y olvido por completo el dolor de la mano—. Necesito otro tipo de información.

—¿En qué andas metido?

—Es personal. —Doy otra calada, devuelvo el cigarro y le doy un viaje a la cerveza—. ¿Oíste lo de los chicos en coma encontrados en las raves?

—Sí, una pena.

—Necesito información. ¿Quién las organiza? ¿Qué consumen? Esas cosas.

—Sin problema. Conozco un par de tíos que están metidos en el tema. Preguntaré a ver qué saben.

—Gracias, Malena —digo—. Eres la mejor.

Me guiña un ojo y se aleja zumbando en su carraca. Me deja en una mesa vacía, con una jarra de cerveza donde solo quedan nuestras babas.

Es extraño, la mano me duele otra vez.

Tengo un amigo. No es mucho, pero es muy útil. Es médico en el hospital más grande de la ciudad. Ahora mismo está en la sala de descanso, sentado en un sofá y mirando un programa de cotilleos. Culebrones escritos con falsa realidad. Como tentempié: un bocadillo vegetal, en pan de molde, con lechuga, pechuga de pollo, una rodaja de tomate y mucha mahonesa. Señal de que ha discutido con su mujer, otra vez.

Sé todo esto porque estoy sentado a su lado y tengo la mitad de su bocata. Llevo una bata blanca que tomé prestada para pasar desapercibido. Siempre uso el mismo truco. Nadie se ha dado cuenta nunca del engaño. La gente ve lo que quiere ver.

Llamé a Guillermo, mi amigo, el Doctor Moreno, hará un par de horas para pedirle información de los muchachos en coma que aparecen en las raves. Después me colé en el hospital para verle. En el saludo me pasó una nota manuscrita con nombres y algunas notas de los comatosos. En papel.

De momento hay ocho lechugas. Han dado positivos para varias drogas, pero ninguna podría causar un coma así. No hay tóxicos nuevos. Los ocho aspirantes a chicos más callados del mundo son: Claudia Romero y Raúl Kattan: en la misma rave, encontrados en coma uno junto al otro. No hay nada en sus archivos móviles, demasiado ruido, demasiado oscuro. Solo una cosa: ella hizo un selfie horas antes de que la fiesta acabará, llevaba una diadema como un pulpo metalizado que le envolvía el cráneo con sus tentáculos. En una rave celebrada en los viejos túneles del metro hubo

otros tres: Ritter Bartram, Paul Tausch y Jennifer Hamil. No hay datos móviles de ninguno de los tres. Es normal, en las raves para niños bien es costumbre ir sin aparatos electrónicos y a la moda del año dos mil. Junto a Jennifer Hamil hay una anotación: “quemaduras circulares en lóbulos temporal y parietal”. El siguiente nombre es Christian Adler, el hijo de Irene. En sus videos solo se le ve a él, rodeado de gente, todos bailando. Por último está Paula Torres. Hay un video interesante en su móvil; en él sale ella diciendo que va a probar “una ola nueva” algo que “dicen que es echar el resto” y que “lo está volando en todas las fiestas”.

—No saldrá bien.

Guillermo aprovecha la pausa publicitaria para darme palique.

—¿Qué?

—No sé cuál es tu plan, pero no saldrá bien. No la vas a recuperar.

El Doctor Dos Divorcios me da consejos de amor.

—No quiero recuperarla.

Pero si le entrego el corazón del que ha matado a su hijo probablemente lo haga.

—Claro que no, haces todo esto por altruismo.

—Por curiosidad. —Le quito la última porción de bocadillo y me la meto entera en la boca. Que se joda y pase hambre.

—¿Cuándo descubras qué ha pasado matarás al responsable?

—Yo no mato a nadie. —Tengo la boca llena de pollo, lechuga y pan, la mahonesa resbala por mi barbilla—. Marco a la gente peligrosa.

—Lo que tú digas. No deberías lamentarte más, tarde o temprano tendrás que pasar página.

—No me lamento —digo lanzando esputos de mahonesa.

—Claro que no.

Trago lo que queda en mi boca sin masticar.

—Tú céntrate en salvar tu tercer matrimonio y olvídate.

—Estoy preocupado por ti. ¿Qué pasó la última vez que la ayudaste?

Que se casó conmigo.

Despliego el papel y reviso las notas de Guillermo. Seguro que tiene que ver con drogas, pero es algo nuevo. Algo que va directamente a la cabeza.

—Tienes que salir más, ser más sociable.

Creo que entiendo lo que pasa.

—No espero que organices cenas o empieces a sonreír, pero hablar con más gente podría hacerte mucho bien. Nunca se sabe.

El doctor tiene nueva amante.

—El mundo está lleno de posibilidades. No tiene sentido que te ates a una persona que no quiere estar contigo.

Arrugo el papel y me lo como. Elimino las pruebas. El papel es peligroso.

—¿Entiendes qué intento decirte?

—Entiendo que si no dejas de pensar con la polla de aquí a cinco años serás el Doctor Cuatro Divorcios. —Le enseño el selfie de Claudia Romero, el pulpo de metal envuelve el cráneo de la chica como si le sorbiera las ideas.

—¿Qué? —dice mirando mi móvil—. Solo es un abalorio.

—Las drogas divertidas se basan en controlar la química cerebral. ¿Hay alguna forma de hacerlo desde fuera?

Guillermo mira la pantalla con la misma cara que pone cuando se da cuenta de que ha olvidado las llaves en casa.

—Desde hace algunos años hay empresas médicas que investigan nuevas formas de anestesia mediante la electroestimulación. ¿Crees que podría tener algo que ver?

Guardo el móvil y me levanto. Guillermo impide que me vaya cogiéndome del muñón.

—Si está es la causa. Si ellos han sacado esto al público... Podríamos obligarles a que sacaran una cura. Podríamos...

—Guillermo, no puedes cambiar nada. Nada cambia nunca. Así que deja de pensar o tendré que marcarte.

Llego al bar de Malena después de vagabundear horas por las calles, trabajando. Es de noche, me duelen las piernas y el cuerpo me exige reposo; pero no puedo ir a casa. No puedo descansar.

A estas horas “La Ratonera” está salpicada de tipos que se esconden de la superficie y que nunca te miran a la cara. Los que no están viajando con las drogas esperan darles un viaje a las putas. Ocupo una mesa en la esquina y espero.

Malena aparca la silla frente a mí, el cacharro suena como la risa asfixiada de un viejo agónico.

—Tienes un problema —dice dejando una jarra de cerveza junto a mí—. He preguntado por ahí y las raves las organizó gente distinta.

—¿Algo nuevo se mueve por ellas?

—Sí. Todavía no tiene un nombre. Lo llaman de muchas formas, pero si preguntas por “eso” en cualquier rave lo encontrarás.

—¿Qué es eso?

—No lo tengo claro, pero dicen que hace que todo sea mucho mejor. Como un chute de crack, pero sin el bajón y no da positivo ni adicción. Parece bueno.

Le doy un trago a la cerveza.

—No me ayudas. Tengo que saber de dónde sale.

—Pues esto te interesa. Ofrecen una recompensa por un tipo.

—¿Por qué me interesa?

Doy otro trago. El tiempo corre y no tengo nada sólido. La cabeza me rueda entre los hombros por el agotamiento y voy a tener que ir de camello en camello hasta encontrar al responsable. ¿Y luego qué? ¿Lo ahorco con su cinturón? ¿Lo empujo por el hueco de la escalera? ¿Hago como siempre, lo marco y que lo aplaste la burocracia? ¿O lo llevo a casa de Irene y dejo que ella le saque las tripas con un cuchillo de cocina? Pego otro trago.

—El tipo de la recompensa, lo buscan vivo. Dicen que es el culpable de lo que les pasa a los niños.

Veintisiete huesos fantasmas crujen sacudiendo mi sistema nervioso. Un espasmo en mi única mano hace que la jarra caiga al suelo y forme una estrella de espuma de cerveza y virutas de cristal.

—¡Ten cuidado, puto manco!

—¿Quién es el tipo?

—Vas a limpiarlo tú. ¿Sabes lo que me cuesta fregar?

Golpeo la mesa con mi puño, pero la mano fantasma atraviesa la madera y el muñón me golpea en el muslo. El dolor de la mano doblada sobre sí misma, de los tendones y la piel retorcidos, la angustia de saber que nunca más daré un puñetazo. Todo se me

enrolla en el brazo y me constriñe el pecho como una boa que intenta devorarme el alma. Unas gotas de sudor me resbalan por la nuca.

—Es un médico. —Malena se ha calmado. Hasta a alguien como ella le doy pena. No puedo caer más bajo—. O un investigador médico. No lo tengo claro Trabajaba para una de estas empresas enormes que hacen de todo y no hacen nada. Doctor Hernando Tausch.

Me levanto de un salto.

—Casi gana un Nobel de medicina. O eso me han dicho.

—¿Cómo dices que se llama?

—Hernando.

—¡El apellido!

—Tausch, Tausch. Se llama Tausch.

Lo tengo.

—Dame una fregona, que me voy.

Es la hora grande de la noche. Faltan unas horas para que amanezca y los que no duermen están en la cresta de la ola. Ola de alcohol, speed, coca, queta, LSD; cualquier cosa que relaje, que estimule, que calme, que excite o todo a la vez.

Llego a una vieja fábrica de cerveza. Las ventanas parpadean con mil colores. La verja que la rodea está reventada y a su alrededor se reparten los coches, las furgonetas y los jóvenes. Los depósitos de acero inoxidable están embarrancados como barcos tras un huracán y relucen como faros a la luz de las farolas y de los focos de los coches. En una de las fachadas de la fábrica, los espráis han convertido el anuncio de un feliz hombre bebiendo cerveza en un demonio aullador que devora corazones.

Intenté localizar al Doctor Tausch, pero su móvil, su reloj y su cartera estaban en su casa. Quietos desde hace seis días. Así que investigué a su hijo: Paul Tausch, el niño lechuga número cuatro. Todos sus chismes con localizador estaban en el hospital, salvo las bambas, un último modelo diseñado para el *fitness* y el *running*, se pusieron en movimiento hace un día. Revisé las cámaras de la habitación y vi al Doctor Tausch entrar, lloriquear junto a su hijo, vestirse como él y desaparecer tras darle un beso.

El rastro de las zapatillas me ha traído a esta fábrica reconvertida en un agujero sin ojos ni oídos; donde los jóvenes celebran que son un día más viejos, que están un día más cerca de la muerte, que el mañana aún no ha llegado.

Me cuelo en la fábrica por uno de los agujeros de la valla. Deambulo entre coches que escupen música por los maleteros y entre furgonetas utilizadas como escanciadoras de alcohol o picaderos. Me mezclo entre jóvenes que bailan, que beben, que besan. Todos siguen la moda actual, imitar el look de los años dos mil: camisas de cuadros, barbas, labios rojos, pañuelos de cuadros, legins, vaqueros apretados. Entre ellos destaco. El Doctor es listo, será difícil encontrarle al estar disfrazado como un chaval más.

Por dentro la fábrica es un gran espacio. Cada metro cuadrado está cubierto por chavales, todos iguales, como zebras en un documental de naturaleza. Hay torres de altavoces y un escenario en el que un DJ baila al tiempo que pincha. Un piso más arriba, hay un laberinto de pasarelas de metal con más gente y montones de cables colgando como lianas en la selva.

Voy a una de las torres de altavoces y me aúpo en uno de los amplificadores. Observo la pista llena y a mis pies cuatro chavalas se mueven frente a los altavoces como algas mecidas por la marea. Miro más allá, en las esquinas, junto a las paredes, en

las puertas que conducen a otras salas y en las escaleras que suben a las pasarelas. Localizo dos tipos que destacan, igual que yo. El enclenque está pálido y desnutrido; tiene una melena de pelos como el de las muñecas baratas y viste un traje plateado de manga corta. El calvo es corpulento, pero sin ser gordo, luce un chándal negro con dos franjas blancas y una perilla desteñida. Ambos llevan IM, están quietos en mitad del baile, cada uno en una punta de la pista.

Buscan a alguien.

A él.

Tengo que encontrarlo primero. Demasiado tarde. No podré llevarlo con Irene. No con ellos. Lo siento Irene no podrás vengarte. Acabará yo el trabajo. ¿Estrangulamiento? ¿Apuñalamiento? ¿Caída por las escaleras? No puedo pulsar un botón, esta vez no. Ha de ser con mi mano. La misma que acariciará a Irene cuando se lo cuente.

Veo un chaval asomado por una de las pasarelas. Lleva una sudadera con cuadros de todos los colores del arco iris, la capucha le cubre el rostro. Mira a los dos tipos con el mismo interés que yo.

Bajo del amplificador y me sumerjo en la multitud. Por el camino cojo un botellín vacío. Me muevo entre los chavales, entre rastras, melenas, pechos, barbas. La clave es no luchar contra ellos, moverte siguiendo el ritmo y buscar los huecos.

Salgo de muchedumbre junto a la escalera. Ascendo los peldaños. La pasarela mide dos anchos metros llenos de cojines y alfombras donde se acumulan los vasos vacíos, las manchas de vómito y los cuerpos sin mente. Tausch está en mitad de una ristra de *colgaos* que no se aguantan la sonrisa. Está agachado junto a ellos, me da la espalda, creo que les está robando.

El calor de los cuerpos bailando y el humo que escapa de los pulmones se acumula aquí arriba. Forman una calma asfixiante, es como estar emparedado en un muro de hormigón al sol. Me acerco al doctor. El botellín no pesa en mi mano, es como un dedo más, imperceptible hasta que me concentro en él. ¿Por qué?

Podría irme. Dejar que me hicieran el trabajo sucio. Como siempre. Mirar a otro lado. Un hombre muere y el mundo sigue girando.

Estoy detrás del doctor y alzo el botellín sobre mi cabeza. Mi brazo queda paralizado apuntando al techo, congelado, temblando por la fuerza contenida. ¿Por qué?

Para decir: lo he hecho Irene, he vengado a tu hijo el dormilón, vendámoslo todo y vivamos para siempre en una comuna hippie en la otra punta del mundo.

Vaya mierda de plan.

Tausch se gira y me ve con el brazo en alto. No se inmuta. En su mano lleva un par de cascos, esos pulpos metálicos responsables de toda esta mierda. Bajo la capucha veo los ojos grises enrojecidos por el llanto, las mejillas caídas por el tiempo y los labios borrados por un bigote como un cepillo viejo. Me mira sin expresar ninguna emoción, sin defenderse, sin atacarme. Como si supiera que no lo voy a hacer, que soy un cobarde, un inútil. Pasa por mi lado con la calma de una procesión. La fuerza se desvanece y mi brazo cuelga lánguido de mi hombro. El botellín unido a mi mano, fundido a mí en un mismo y bochornoso hombre incapaz de hacer nada que no consista en mirar el mundo a través de una pantalla.

A mis pies, tirados como ropa sucia, los chavales me miran con ojos negros y sonrisas amarillas. El doctor llega a las escaleras, pero enseguida recula. El enclenque emerge de la nada, sonrío como si le hubiera tocado la quiniela. Las luces se apagan y la muchedumbre aúlla. Las estroboscópicas se activan; Tausch está en el suelo,

arrastrándose para recuperar los cascos, el enclenque lo vigila. Una ola de ritmo lo inunda todo, como una sucesión de truenos en la peor de las tormentas. El botellín en mi mano pesa como un martillo. El enclenque levanta a Tausch como si estuviera hecho de algodones y lo arrastra a las escaleras. Voy con ellos. Tausch se revuelve antes de bajar un peldaño. El enclenque le da un puñetazo. La música se vuelve aguda, como arañazos en una pizarra. Levanto el botellín, tan alto que podría derribar el techo de un botellazo, pero derribo al enclenque. El golpe queda engullido por el ritmo. El enclenque retrocede, pierde pie en el primer escalón y baja rebotando en el resto. Tausch se lanza al suelo para recoger ambos cascos. A mis pies el doctor, en mi mano el botellín manchado de sangre y pelos de muñeca, a mi espalda un más que probable cadáver. De mi estómago brota un impulso que sacude todo mi cuerpo. Antes de poder pensarlo, me asomo a la barandilla y vomito sobre la multitud.

Allí abajo está el enclenque, con el cuerpo aplastado contra el suelo y la cabeza escupiendo sangre. Está muerto. Por mi culpa. Y por primera vez la sangre mancha mi mano. Está caliente y pegajosa. Dejo caer el botellín al vacío y me vuelvo hacia el doctor.

Tausch está tirado en el suelo y manosea los cascos, los acerca a sus ojos para examinar los detalles y los alza para verlos a contra luz. No me cabe duda de que está demente.

Se me acaba el tiempo y la paciencia.

Cojo al doctor por la capucha y lo arrastro por las pasarelas. No opone demasiada resistencia. Debe creer que soy su amigo, que no le haré daño, que soy un héroe. Le guio a las viejas salidas de emergencia.

Hay algo extraño en las habitaciones de hospital. El silencio acunado por el zumbido de las máquinas. La tristeza acumulada en las esquinas junto a las esperanzas huecas y los sueños perdidos. El dolor de la vida perenne en el aire. La angustia por la mortalidad impregnando las paredes. Las sábanas manchadas por la triste melancolía de la falta de esperanza. Los sillones con la huella de aquellos que quieren que todo acabe para volver a sus vidas.

Si algo resume nuestro paso por el mundo es una habitación de hospital.

Gente con problemas a la espera que un mago con bata blanca les devuelva una vida cómoda y despreocupada. Gente sin problemas como testigos de la decadencia de la vida, observan nuestro futuro a la espera de que todo acabe y poder volver a la inopia de la vida común. Personas necesitadas, personas que ayudan y personas que miran. Esperanzas vanas, sólo trabajo y condescendencia. El sueño de una nueva oportunidad encarcelado en una habitación de seis por cuatro con la certeza de un final.

Habitaciones de hospital.

Donde los hombres de las camas esperan un día más y los hombres de los sillones esperan volver a casa, olvidar todo lo que han visto y vivir sin más. Pensando que son dueños de sus vidas, que el destino tiene un plan y que los desastres se pueden arreglar. Hasta que llegan a la cama y se dan cuenta de la verdad, que todo es inútil y que todo es banal, que nada sirve de nada y que se irán como todos los hombres; no con vítores y celebraciones sino con un suspiro ahogado tras el zumbido del fluorescente.

Sillones y camas de hospital. Estoy en uno de esos sillones que tantos secretos podrían contar. Uno tan incomodo que sólo podría dormirme si me tomara todas las drogas de la farmacia. No sé qué hora es, pero por la claridad de las ventanas falta poco

para que tenga problemas. Junto a mí, Paul Tausch tirado en la cama. Tiene los ojos entre abiertos y al respirar emite un molesto silbido. No es un gran conversador.

¿Cómo he acabado aquí?

Saqué al doctor de la fábrica por la salida de incendios. Con tanta gente y alboroto fue fácil. Salimos a un callejón y me deshice de todo lo que llevara localizador: mi IM, mi móvil, mi reloj, mi cinturón.

—No dejaré que me atrapes tan fácilmente. —El doctor abrazaba los cascos como un niño a un peluche.

—No voy a entregarte —dije tirando mis chimes a un contenedor. La boca me sabía al ácido del estómago y la sangre seca me picaba en mi única mano.

—Bien, en ese caso me voy.

Pasó por mi lado, de nuevo sin preocuparse por lo que le pudiera hacer. Un hombre con una mano puede dar la mitad de golpes.

—Te encontramos una vez y lo haremos de nuevo. No sabes esconderte, no lo suficiente.

El doctor se detuvo antes de salir del callejón.

—Habéis tenido suerte.

—En realidad, nos ayudaron tus deportivas.

El doctor se miró los zapatos.

—Son buenas, seguro que te costaron una pasta. Con toda esa tecnología para ayudarte a correr. Lástima que delaten tu posición a todos los que sepan buscar.

El doctor dejó los cascos en el suelo. Luego se quitó las zapatillas y las tiró al contenedor. En la penumbra rota por las farolas me miró.

—Gracias...

—Ahora tengo que pedirte un favor.

—No.

El doctor recogió los cascos y se alejó. No dejé que saliera del callejón.

—Mi hijo está en coma. —Tausch se detuvo—. Por tu culpa.

—Hay muchos así. Lo siento.

—No me sirven tus disculpas —dije—. Sé que no puedes curarle, pero al menos acompáñame a casa. Examínalo, dime si hay esperanzas.

Mira Irene, te he traído al responsable, castígale. Luego empezaremos una nueva vida, en una nueva ciudad, con una nueva casa y te daré nuevos hijos.

Vaya mierda de plan.

—Sí puedo curarle. —Los cascos brillaron en sus manos.

Qué cabrón.

Junto a la cama en la que vegeta Paul Tausch hay una silla de ruedas. En esa silla de ruedas está el Doctor Tausch con la boca abierta y los ojos en blanco. Ambos llevan esos putos cascos, sólo que ahora están unidos por un cable de fibra óptica. Miro el cuerpo petrificado del doctor y me da pena. De vez en cuando tiene un leve espasmo o emite un ligero siseo. Es como ver una electrocución a cámara lenta.

—Iba a ser una revolución médica —me explicó Tausch de camino al hospital—. Supresión del dolor mediante estímulos extracraneales. Se acabó la anestesia, los opiáceos, las adicciones, los dolores crónicos y psicosomáticos. —Miró mi mano fantasma—. Todo. Sin darnos cuenta creamos la primera droga electrónica. Alguien filtró los planos y ahora los cascos están por todos lados. No dejan rastro químico, no

hay que ingerir ni inyectarse nada, pero es más adictivo que cualquier droga. En los ensayos hubo monos que murieron de hambre. Disfrutaban tanto con los cascos que se olvidaban de comer.

—Se me ocurren peores formas de morir —dije, caminábamos por las calles, él con la capucha y yo con el cuello de la chaqueta levantado, procurando evitar las cámaras y las calles transitadas—. ¿Qué hay del coma?

—Mi diseño suministraba una descarga leve sobre el sistema límbico. Los modelos de las fiestas van a toda potencia. El cerebro es un órgano complejo, placer y dolor activan los mismos grupos neuronales. Un placer intenso puede confundirse con un dolor horrible. ¿Sabe qué ocurre cuando somos sometidos a un dolor extremo?

—¿Qué abrimos otra botella?

—El cerebro se apaga para no sufrir daños.

—¿Cómo pretende curarlos?

En la silla de ruedas Tausch da un respingo y queda con la cabeza colgando sobre el pecho. Compruebo el reloj colgado en la pared. Quedan diez minutos para tener problemas.

—Teníamos otras áreas de investigación —me explicó el doctor—. La sincronización de mentes era una de ellas. Esperábamos que pudiera utilizarse en psiquiatría. El médico entraría en la mente del paciente, en sus recuerdos, sus sueños y sus fantasías, podría verlo todo de primera mano y cambiar lo que fuera necesario. Nunca pasó de la fase experimental. Aún así podría servir para reactivar las mentes en coma, eso espero, aunque tiene unos riesgos.

Me los enumeró: parálisis, pérdida cognitiva, dolor psicossomático, coma, amnesia, esquizofrenia, muerte cerebral y muchas más. Lo mejor de todo es que no hay garantías.

Ahora mismo el doctor está en un viaje al subconsciente de su hijo. Ha entrado sin saber si va a salir. Sin saber si va a despertar o cómo va a despertar.

—No sé cuál será el resultado. Una vez dentro todo será confuso, puede que me pierda en mis recuerdos, o en los de mi hijo. Cuanto más tiempo pase ahí más peligroso será. Por eso debes desactivar mi casco transcurridos treinta minutos.

—Vaya mierda de plan. ¿Es la única forma de salir?

—También está la terapia de choque. Buscar algo en los recuerdos que provoque pánico para obligar al cerebro a reaccionar. Es un mecanismo de defensa ante el peligro.

Miro el reloj. Queda un minuto.

—Si sucediera lo peor, promete, promete que aliviaras nuestro dolor. Si no puedo salvarlo quiero morir junto a él.

—Es absurdo. No tienes porque morir por quedarte solo.

—Promételo.

—Nacemos y morimos solos. Vivir solo no es excusa para querer morir.

—Promételo.

—Necesito que me ayudes a despertar al chav... a mi hijo.

—Promételo.

Lo prometí.

Ahora ha pasado media hora y nada ha cambiado. No hay cura. Me acerco a Tausch y busco el interruptor del casco para traerlo de vuelta. Antes de que presione el botón Tausch salta de la silla chillando como si ardiera y corre por la habitación hasta caer de bruces contra el suelo. Hay que joderse, en la cama la lechuga sonrío y aplaude.

Abandonamos el hospital cuando llegan los enfermos más madrugadores. Llamamos la atención, un manco que ha estado más de cuarenta y ocho horas sin dormir, un viejo que no puede contener las lágrimas y un adolescente con la mente de un simio.

Cargamos a Paul en la silla de ruedas, porque ha olvidado cómo caminar y cómo mantener las babas dentro de la boca, y utilizamos los túneles del metro para alejarnos del hospital.

Sin dinero ni plan de escape. Mi casa dejó de ser una opción cuando maté al vigilante y para ir a la de Irene es demasiado pronto. Por eso los llevo al bar de Malena. No se me ocurre otro lugar al que quiera ir.

Lo primero que veo al entrar son los manteles que cubren las mesas. Los clientes están repartidos por el local en simetría. En silencio. Las luces chirrían, las neveras susurran, oigo el agua fluir por las cañerías. El doctor empuja a su hijo hacía la barra, pero no hay nadie atendiéndola. Malena está sentada en una de las mesas.

Entras en un sitio, escuchas el ambiente, ves los manteles y entiendes que es demasiado tarde. Eres un idiota predecible. Conocen tu rutina y la han usado contra ti.

—Coged lo que queráis, bonitos —dice Malena desde la mesa, le tiembla la voz—. Invita la casa.

Malena abraza una jarra de cerveza casi vacía. Me acerco ella. El doctor salta la barra y le oigo revolver las neveras. Los nuevos manteles que cubren las mesas aún huelen al plástico que los envolvía. Me detengo junto a la mesa de Malena, el mantel cae del borde de la mesa sobre la silla de ruedas y le cubre el cuerpo de cintura para abajo. Me siento frente a ella.

Poco a poco, en un silencio digno del entierro de un rey, los clientes se levantan y salen del local. Malena me mira un momento, le tiemblan los ojos, y vuelve a su cerveza. Después de un largo trago le quito la jarra.

—Está medio llena.

Me bebo la cerveza que queda y dejo la jarra en la mesa.

—Ahora está vacía. No te levantes, no quiero más.

Malena no me mira, la mirada le cuelga sobre el mantel. Es de buena tela, algodón diría yo, es blanco con un estampado bordado: flores rojas, más pequeñas que la uña del meñique.

—¿Alguna novedad? —digo.

Malena me mira, le cuesta mantener la cabeza erguida. Será cosa de la vergüenza, la culpa o el arrepentimiento; o puede que esté borracha.

El doctor sale de detrás de la barra con unas botellas de agua y una lata de melocotones.

—¿Cuánto vale mi cabeza?

—Jamás te vendería, Arturo. —Malena me mira y por un momento me la creo. Me la creo igual que me he creído tantas otras cosas. Me la creo porque soy idiota.

—¿Y a ellos?

Tras de mí, el doctor intenta que su hijo recuerde que el melocotón es para tragar y no para escupirlo sobre el regazo.

—Conseguí un buen trato.

—Bien, ahora consígueme más tiempo.

—No puedo.

—Dos horas.

—Lo siento, Arturo. —Malena mira el mantel—. Era un buen trato...

Le pego una patada en la espinilla y todo su cuerpo se estremece antes de quedar paralizado. Eso es lo que valgo, dos piernas. La mano fantasma me roe la muñeca como un perro un hueso. Noto la sangre caliente y espesa que empapa mi mano, pero no hay herida, ni mano. No hay nada, nada de nada. Sólo dolor.

Malena apoya las manos en la mesa y se pone en pie sobre sus piernas nuevas, temblorosas como las de un potro recién nacido y envueltas en un pantalón de campana como el de mi abuela.

—Estoy de pie —me dice.

Le miro a los ojos cubiertos de angustia y asiento.

—Son bonitas —asiento— y tan largas que llegan al suelo.

—No te pasará nada. —Da un paso errático hacia mí—. He hecho un buen trato. No te hará daño.

Ya me lo has hecho.

Todos los clientes han abandonado el bar. Todos salvo uno. Un hombre calvo y corpulento, con un chándal negro y dos franjas blancas. Está sentado en una mesa y anota algo en una libreta de papel.

Me levanto y dejo a Malena con sus piernas temblorosas y sus labios solitarios. No tengo que dar ni diez pasos antes de poder sentarme frente al vigilante. El doctor sigue con su hijo. No se ha dado cuenta de nada. Nunca nadie se da cuenta de nada hasta que es demasiado tarde. Ni siquiera yo.

No existen los héroes, sólo hombres que intentan sobrevivir.

—Quiero hacer un trato.

El vigilante me chista con una calma que me agarrota la mano fantasma. Subraya algo en la libreta, la cierra y deja el lápiz sobre la tapa.

—No hay ningún trato. —Su voz es suave, sin una nota de imperativo o autoridad, pero sin opción a replica—. Me llevo a los dos.

—Dame dos horas.

—No.

Pienso en algo que decir, algo con lo que negociar. Antes de que pueda decir nada, como si me leyera la mente, el vigilante me interrumpe.

—Suficiente.

Mi mano fantasma se congela, como si ya estuviera a seis metros bajo tierra.

—¿Qué me pasará?

El vigilante aparta el lápiz, abre la libreta y uno a uno pasa los papeles. Observo su ceremonia y por un momento deseo que mi nombre aparezca en esa red de letras. Cuando llega a las hojas en blanco, cierra la libreta y coloca el lápiz sobre la tapa.

—No estás en mi lista.

—¿No vienes a por mí?

—Cuando estés en mi lista.

Ni siquiera valgo para morir.

El doctor se acerca a nosotros y mira al vigilante.

—¿Quién es?

El doctor es un idiota que no reconoce a su verdugo.

—Señor Tausch, soy...

—Es un amigo —interrumpo. Yo soy un idiota demasiado cobarde para hacer nada que no sea servir—. Él os pondrá a salvo.

Me levanto y Tausch me abraza.

—Gracias. —Me da los cascos—. Buena suerte.

Él la necesita más que yo.

El vigilante empuja la silla de ruedas de Paul fuera del bar y Tausch le sigue sin saber que nunca volverá.

De repente estoy cansado, muy cansado. De todo.

Malena está en pie, apoyada en la mesa, tal y como la dejé. Sobre piernas trémulas. El trasplante de miembros es una operación sencilla, en unas semanas andará como si fueran tuyas.

—¿Ves? —me dice—. Todo ha salido bien.

Me acerco a ella sin soltar los cascos, mis premios de consolación. Aún con sus piernas nuevas Malena es más baja que yo.

—No —le digo—. Nada salió bien. Cometiste muchos errores, Malena, pero esto... Lo que jode a esos críos seguirá circulando gracias a ti. ¿Cuántos van ya? ¿Cuántos serán mañana? Vidas, familias. —Quien va a hablar—. ¿Podrás aguantarlo? Cada vez que leas el periódico, cada vez que oigas las noticias, sabrás que es culpa tuya.

Solloza.

—Deseaba andar a tu lado.

Y yo cogerte de la mano.

—Si te quedara algo de decencia usarías tus piernas nuevas para saltar a la vía del tren.

Soy escoria.

Veo las lágrimas brillar por sus mejillas y la dejo sola. Voy a las habitaciones que usan las putas. Están vacías. No paso el pestillo. Me desplomo sobre la cama que huele a flores secas y desinfectante. Si tengo suerte vendrán mientras duermo.

*Arturo Navarro durmió durante horas. Un sueño profundo, agitado por pesadillas que olvidó nada más despertar. Se incorporó en el catre con la ropa empapada en sudor frío. El silencio era total. Tenía la cabeza agitada y respiraba con dificultad. Dedicó unos segundos a calmarse antes de levantarse y salir de la habitación.*

*En el bar no había ni un alma.*

*El cuerpo de Malena colgaba del techo a medio metro del suelo. Oscilaba movido por una brisa invisible. Los ojos vidriosos e hinchados. El rostro amoratado. Las piernas desnudas, tías como estacas. Había usado los pantalones como soga, una pernera a la viga y la otra al cuello.*

*Arturo la miró un buen rato. El rostro de pena, los brazos flácidos, las cicatrices cauterizadas uniendo las piernas a los muslos. Había una nota en la barra.*

*Arturo agachó la cabeza, ahora veía la sombra del cuerpo proyectada a sus pies, meciéndose como una hoja a punto de caer. Las luces tintinearón. La sombra de Malena bailó con la suya.*

*Arturo ignoró la nota, fue a la puerta y la abrió. La corriente de aire empujó la puerta y revolvió el bar en un remolino de servilletas y papeles. Las piernas de Arturo temblaron, el dolor de su muñón se extendió por los huesos de su brazo y contagió las costillas convirtiéndolas en garras que ceñían su corazón.*

*Se volvió para mirar a Malena. El cuerpo había girado en la soga. Dos pares de ojos tristes se cruzaron. Arturo no pudo aguantar el peso de la mirada y la bajó hasta las piernas que colgaban a medio metro.*

*“Son bonitas —pensó— y tan largas que casi llegan al suelo.”*

Es de noche. Muy de noche. Toda la ciudad descansa. Abro la cerradura electrónica del piso de Irene sin problemas. El interior del piso está oscuro. Silencioso. Atravieso a tientas el recibidor, el pasillo, el salón, el otro pasillo. Me detengo en la puerta de Christian. La abro un poco y me asomo. El amarillento reflejo de las farolas se cuele por los agujeros de la persiana. La habitación está como la última vez. Christian sigue en la cama, en la misma posición. No hay nadie más. Estamos solos.

Debería asfixiar al chaval con la almohada. Él dejaría de sufrir e Irene podría pasar página. No es distinto a lo que hago normalmente. No es distinto a lo que le he hecho a tantos otros, a Tausch, a Paul, a Malena. Por primera vez sería por algo bueno. Piedad.

Me acerco a Christian y le tomo el pulso. Respira, está vivo. Si a esto se le puede llamar vida. O tal vez sí. ¿Qué me diferencia de él? ¿Por qué salvarle? ¿Por qué salvar a Irene? ¿Por qué salvarme yo?

Bonita almohada.

Mira Irene, he arriesgado mi vida para salvar a tu hijo. No, no me des las gracias, disfruta de él y déjame en paz.

Vaya mierda de plan.

Le coloco el casco tal como me enseñó Tausch. Luego me coloco el otro y me tumbo en la cama junto a él.

La mano me pica, pero no puedo rascarme. Me pica mucho. Tanto, que creo que estoy llorando por el picor. Mi única mano tiembla cuando la acerco al botón de encendido.

Será la única persona a la que salve.

Aprieto el botón.

Estoy en una habitación. La cama huele a flores secas y desinfectante. Acabo de despertar después de matar a un hombre que confió en mí. Me duele la cabeza. Me levanto y voy a la puerta. Cojo el pomo con mi mano izquierda. Está frío. Helado. La escarcha cubre mi mano izquierda. No quiero salir, no quiero ir fuera. Aquí estoy a salvo, nada puede hacerme daño. Suelto el pomo y vuelvo a la cama. Me siento en el borde y me envuelvo con la manta. Aún tengo la mano congelada, cubierta de una costra de hielo. El frío atraviesa mi mano como un millar de alfileres. Cada vez hace más frío, pero no quiero irme. Aquí estoy a salvo. No hay nada bueno al otro lado de la puerta. Prefiero pasar frío. Está es mi casa ahora. Estoy en mi casa. Nada puede hacerme daño. Estoy en mi casa y nada puede hacerme daño.

Estoy en mi casa.

Estoy en mi casa, sentado en el sofá viendo dibujos animados. Solo que no es mi casa. No es mi casa y no soy yo quien ve los dibujos. No soy yo quien ve los dibujos, pero aquí estoy. Aquí estoy, en el cuerpo de un crío, sentado en el sofá, envuelto en una manta, viendo los dibujos animados y la mano no me duele.

Alguien discute.

Bajo el volumen de la tele.

Oigo murmullos, oigo golpes, oigo jadeos. Me levanto y arrastro la manta tras de mí. Llego frente al pasillo, enorme, larguísimo. Oscuro como la garganta de una serpiente apunto de engullirme. Oigo quejidos, oigo susurros, oigo risas. Camino por la garganta de la serpiente hacia la luz que hay al fondo. No hay paredes a mi alrededor ni suelo bajo mis pies, sólo oscuridad. El corazón se me ralentiza y palpita con lentitud y fuerza, como si entre golpe y golpe se detuviera a descansar para acumular energías. Oigo la cama contra la pared, oigo las súplicas, oigo los besos. Me asomo por la rendija de la puerta a una habitación que brilla con los colores del otoño. Veo a mis padres uno sobre el otro rodando en la cama. Desnudos. Veo sus espaldas retorcerse, las convulsiones de su cuerpo, sus pies temblando. Sólo que no son mis padres, son los del chaval. Es Irene. Irene y el otro. Y el corazón ya no me palpita. Y la veo entre sus brazos, bajó él, sobre él, en torno a él. Quiero correr, correr para siempre,irme tan lejos que no pueda volver. Y está asustado y cabreado y asqueado y huye a mi habitación.

Mi habitación.

Dormí en una habitación en el bar de Malena.

Estoy en la habitación. Acabo de despertar en la cama después de matar a un hombre que confió en mí y a una mujer que me quería. Me duele la cabeza.

Me levanto del catre y voy a la puerta. Cojo el pomo con mi mano izquierda. No quiero abrir, no quiero ir fuera. Pero lo hago, abro la puerta. Es tan pesada que tengo que empujarla con todo el cuerpo para que ceda. Al otro lado está el bar de Malena. Las mesas flotan a medio metro del suelo, como nubes en el cielo, los manteles ondean como banderas a media asta. Hay un cuerpo colgado del techo, frente a mí, con una soga al cuello. Tiene dos muñones a la altura de los muslos y la cara es un pedazo de

piel sin rostro. Aún así me mira, aunque no tenga ojos. Sé que me está mirando igual que sé que es Malena.

Hay un niño que llora. No lo veo, lo oigo. Oigo un niño. Un niño que llora fuera del bar.

Rodeo el cuerpo todo lo lejos que puedo. Evito chocarme con las mesas flotantes. El cuerpo gira en la soga, sigue mis movimientos, sin dejar de mirarme aunque no tenga ojos. Me detengo en el escalón. Malena me mira y yo la miro. Nos miramos. Veo las lágrimas brotar en la piel como la condensación en una jarra de cerveza helada y no sé si son sus lágrimas o las mías.

El niño llora.

Salgo del bar.

Pero no salgo al pasillo de la estación; salgo al pasillo de una juguetería, larguísimo y sin fin. A los lados dos estanterías crecen hasta el infinito, repletas de muñecas. Todas idénticas. Todas sin piernas. Todas me miran con el rostro de Malena.

El niño llora.

Quiero irme, pero ya no está el bar. A mi espalda el pasillo corre y no veo el final, frente a mi igual. Las muñecas me miran. Cientos, miles, por todas partes. Sentadas en los estantes con los muñones colgando de la balda. Observan mis movimientos con ojos grises, los ojos de Malena. Me miran y el niño llora.

Camino por el pasillo. Detrás las muñecas se giran para verme ir, delante las muñecas se giran para verme venir. Con la cara de Malena, la cara que tenía en la horca donde yo la colgué.

El niño llora, en el pasillo, salido de la nada, frente a mi. Está arrodillado en el suelo y encorvado sobre sí mismo. Lloro. Me acerco a él. Lloro.

—Estoy solo —dice.

Le cojo del hombro y lo giro hacia mí.

—Me duele la mano —dice. Soy yo.

El niño se me tira encima y me estrangula con sus maninas. Sus manos me envuelven el cuello cada vez más fuerte, crecen y se enrollan en mi nuez. Me raspan el cuello con su tacto áspero. Me ahogan y se convierten en una soga. El niño no está, pero la soga sí. El nudo se cierra entorno a mi garganta y me ahoga y estoy ahorcado. Me ahogo. Intento coger la soga, desatarla. Me ahogo. No consigo alcanzar la soga. Me ahogo. Agito las piernas, los brazos, necesito agarrarme a algo, pero no hay nada. Me ahogo. Todo mi cuerpo se estremece con violentas sacudidas intentando en vano desatarme. Oigo murmullos. Me ahogo y cuelgo sobre la nave central de una iglesia. Intento balancearme, pero no me muevo. Mi cuerpo pende inerte de la soga. Los bancos están llenos de gente elegante. Quiero pedir ayuda, pero el nudo se cierra en mi nuez. No puedo hablar. Me ahogo. Todos miran el altar. El altar donde está Irene. Es una boda. Me ahogo. La boda de Irene. Yo me colé y vi la ceremonia escondido entre las columnas. El nudo se cierra. Se casa con el otro. Me ahogo.

—Sí, quiero.

Me ahogo. La soga me estrangula, clava sus hebras en mi cuello. Todos aplauden menos yo. La sangre se acumula en las cuencas presionando mis ojos. Me ahogo.

—Viva los novios.

Me ahogo y la soga se parte y caigo y caigo. Siempre caigo y nunca toco fondo. Una caída sin fin. Caigo a ninguna parte, pero caigo. Siempre estoy cayendo; y esta vez caigo en el altar.

No hay novios, pero la iglesia está llena. Todos me miran. No hay sogas en mi cuello. No hay novia a mi lado. Junto a mí está Guillermo, sentado en un sofá, come patatas fritas y mira una telenovela en la pantalla que flota frente a él.

Los invitados no se han arreglado, parecen muertos, no sé por qué.

—Sé cuál es tu plan —dice Guillermo—. No saldrá bien. No la vas a recuperar.

El Doctor Dos Divorcios me da consejos de amor.

—Quiero recuperarla.

—Claro que sí, no haces todo esto por altruismo.

Los invitados alzan sus manos izquierdas hacia mí. Me señalan.

—No saldrá bien.

—La recuperaré —digo.

—Aunque lo hicieras, no la conservarás.

Los invitados se levantan. Ya sé quiénes son.

—Lo sé.

—Le harás daño —me dice.

Son todos a los que he matado y en mi mano me pesa el móvil.

—Lo sé.

—Como se lo haces a todos los que te rodean.

El móvil vibra.

—Lo sé.

—Sólo tienes una alternativa.

Lo desbloqueo y aparece mi foto en la pantalla y he de decidir si me absuelvo o me marco como hice con todos los presentes.

Todos los presentes que me señalan porque saben qué les hice. Sólo porque molestaban. No quisieron agachar la cabeza. Querían destacar. Ser diferentes. Un mundo distinto. Bueno o malo, ¿qué más da? Tenían aspiraciones e ideales. Persegúan un objetivo. Querían hacer algo y yo se lo impedí.

Cristian está en el pasillo central. Me mira. Aparenta cinco años, debería tener quince.

—¿Por qué lo hiciste? —me dice.

No lo sé. Esas preguntas son las que te matan. No respondo. Corro. Voy a por el niño. Tengo que salir de aquí. El niño huye. Mucho antes de que le alcance ya corre a la salida. Los invitados me señalan vaya donde vaya. Ahí está Malena, entre ellos, señalándome como todos. Como Tausch.

El niño atraviesa el portón, pero le cojo de los pelos con mi mano izquierda. Suena un tren y el portón se cierra de golpe. El niño queda al otro lado y mi mano es aplastada. Veintisiete huesos rotos. Veintisiete huesos se hacen añicos con la presión, chirrían hasta ser polvo, hasta no ser nada, nada de nada, salvo un horrendo dolor en la punta del brazo.

Arranco mi muñón, la mano sigue atrapada, ya no está unida a mí, pero la noto, la presión, la sangre exprimida. La noto como si estuviera unida a mí, el dolor, el picor, el ardor. Noto como sufre aunque ya no exista. No existe, pero el dolor perdura. El dolor siempre perdura, es lo único que existe. Lo único que nos queda al final.

Caigo de rodillas. Envuelvo el muñón con mi única mano. Quiero acariciarla, curarla, calmarla. No puedo. No está. Sólo el dolor perdura. Repta por el brazo, sube por el hombro, se clava en la espalda, en la nuca. Están encima de mí. Todas mis víctimas están encima de mí. Estiran las manos izquierdas y me cogen. Todos ellos. De todos

lados. Me cogen del pelo, de la nariz, las orejas y las mejillas, sus dedos se hunden en mi carne como si fuera de nieve, tienen sus dedos en mi interior, cogen mis brazos, mis piernas, mi estómago; y tiran. Tiran de mí en todas direcciones. Quieren desmembrarme, quieren arrancarme los miembros que me quedan. Quieren matarme, como yo los maté. Y yo quiero que lo hagan. Y quiero irme a casa. A mi casa.

Mi casa.

Estoy en mi casa. La de verdad. Mi casa de hace años. La única que tuve. La única a la que sí podía llamar mí casa. Mi hogar. Despierto en mi cama de matrimonio cuando el alba se cuele por las ventanas. La cama está vacía.

Estoy solo.

Bajo de la cama, las sábanas me rozan el muñón como si fueran de lija. Salgo del dormitorio y llego al salón. Aquí todo es distinto. Hace frío. Hay fotos por todas partes, en la mesa, en la mesita, en los estantes, en la vitrina. La mayoría de marcos están cubiertos de escarcha. Una urna flota a la deriva por la estancia, dentro hay una carta. Una de las fotos se ilumina, es un resplandor cegador, como un tren directo a mí.

—¿Pides la ensalada sin cebolla? Qué presuntuoso. —Es Irene.

Estoy en un restaurante, nuestro restaurante. Miro desde lejos la mesa, nuestra mesa. Ella está sentada en la mesa conmigo, solo que no soy yo porque yo estoy aquí.

—Tú te has depilado para venir —digo yo, pero no soy yo, es Christian.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sabía. —Christian se encoge de hombros—. Ahora sé que acerté con la cebolla.

Son mis palabras, las que usé en la primera cita, con su madre.

Voy a ellos. Llevo una bandeja con varios platos, la sujeto con la mano izquierda. No me duele. Me paro junto a la mesa. Soy el camarero. Los dos me miran y me sonríen con educación. La bandeja pesa, presiona mi muñeca, el metal frío me acaricia los dedos. Los de mi mano. Es maravilloso, me duele de sujetar la bandeja y me encanta porque sujeto una bandeja. Está fría. Es fantástico, pero no es real. El dolor es real. El sufrimiento es real. La vida es real. Mi mano no.

La bandeja atraviesa mi mano fantasma y cae al suelo, los platos se parten en virutas y la comida corre por el suelo. Todo el restaurante está inmóvil, congelado, el recuerdo se ha detenido. Christian me mira desde la silla. Irene todavía me sonríe con educación, congelada como el resto del recuerdo. Cierro mi mano fantasma en un puño, aprieto con fuerza, tenso los músculos y tendones del brazo; y la mano desaparece, pero el dolor perdura. El dolor siempre perdura.

—Nos vamos —le digo.

—Aquí soy feliz

—No puedes serlo. Nada de esto es real.

—¿Qué importa? Para mi es real. ¿Por qué no para ti?—Mira a Irene—. Ella te quiere mucho.

—Ya no.

Estoy en el salón. Mi salón. El salón de mi casa. Christian sujeta la carta, la urna flota vacía y a la deriva. A medida que lee las palabras retumban por la estancia. “Distante”. “Lejos”. “Te quiero”. “Pero”. “Problemas”. Palabra tras palabra la sonrisa de Christian se descompone, las lágrimas caen y su rostro se deforma en una mueca de angustia. Sigue leyendo. “Tiempo”. “Espacio”. “Mal”. “Me ahogo”. “Sufro”. “Daño”. A medida que lee la habitación se descompone, las paredes caen, los muebles se evaporan,

el techo se desvanece, el suelo se transforma. Estamos en un puente que cruza las vías del tren. Ya no puede más. Christian lanza la nota, el viento sopla y la carta se multiplica en una tormenta de papeles. Las hojas nos envuelven a ambos en un torbellino de aleteos. Un tren pasa bajo nuestros pies, el puente tiembla al ritmo del estruendo, las ruedas contra los raíles, las luces pasando a toda velocidad, traqueteo tras traqueteo. Estamos subidos en la barandilla, como dos equilibristas. Sus piernas fallan y yo le agarro con mi única mano.

—¿Por qué la gente a la que quieres te hace daño? —me dice.

—Porque pueden.

El viento cesa, las hojas se desvanecen, el tren ya no está. Nosotros seguimos en el puente, en la barandilla, en mi recuerdo.

—No quiero despertarme.

Le cojo de los pelos y le obligo a mirarme a la cara. Un silbido, se acerca otro tren. Mi tren.

—No te lo pregunto.

La vida es una mierda, pero es lo único que tenemos.

Salto a la vía y arrastro al chaval conmigo. En la caída veo las luces que vienen a nosotros, el chirrido de las ruedas en los raíles.

La luz nos engulle.

Me despierto en la cama del chico. La garganta me arde. Quiero gritar, pero no tengo aire. Quiero incorporarme y me caigo por el borde de la cama. Contra el suelo. La cara aplastada en la alfombra, los brazos bajo el cuerpo, tiemblo. Quiero levantarme, pero no puedo mover el brazo izquierdo, me duele con una combinación de presión y pinchazos,

como atado con alambre de espino. Me levanto apoyándome en la cama con mi único brazo. El chico se mueve bajo las sabanas, tiene la mano izquierda cerrada en pinza y la rasca con insistencia. Habla, o al menos lo intenta, más bien bala. Me quito el casco y lo tiro. Ya no me hace falta. Avanzo hasta la mitad del cuarto, me duelen las rodillas y los muslos, como si llevara semanas quieto, tengo el brazo izquierdo pegado al torso, formando un zigzag, me desequilibra al andar. Más balidos, cada vez más fuertes. Miro al chaval. Se rasca la mano izquierda, tanto que ha abierto una herida en ella y sangra, sangra mucho, el pijama y las sabanas se tiñen de rojo. Hay algo peor que no poder rascarte, poder rascarte. El chico bala más alto. Veo en sus ojos miedo, dolor. Tengo que salir de aquí. Abro la puerta con la mano derecha y me doy cuenta, de golpe, de que no tengo mano izquierda. El dolor se ha fundido en la nada. A mi espalda el chico recupera fuerzas y bala como un cordero degollado. Abro la puerta con mi única mano. Oigo ajeteo en la otra punta del pasillo y huyo.

Adiós Irene.

Salgo del piso para siempre porque soy el héroe que arregla tus problemas y luego continúa su vida como si no hubiera pasado nada.